

COLECCION ARIEL

SUMARIO

P. HENRIQUEZ UREÑA..	Rubén Darío ✓
RUBEN DARIO.....	Poesfas ✓
LUIS G. SANTA MARINA..	Gils, buscador de felicidad. ✓
A. J. PEREZ.....	El porvenir de América ✓
GUILLERMO VALENCIA..	Una estatua de Camilo Torres. ✓
JUAN B. TERAN.....	El intelectualismo ✓
ANDRENIO.....	El caso Maciá. ✓
J. ENRIQUE RODO.....	La historia de Juan de Flandes ✓

REPERTORIO BIBLIOGRÁFICO



Cuaderno 75

San José, Costa Rica el Abril 1.º de 1916

Imprenta Greñas

COLECCION ARIEL
REPERTORIO AMERICANO
PUBLICADO EN CUADERNOS QUINCENALES POR
J. GARCIA MONGE
SAN JOSE DE COSTA RICA, C. A.

Condiciones:

La serie de 12 cuadernos (en Costa Rica): @ 3.00.

La serie de 12 cuadernos (en el Extranjero): \$ 2.00 oro am.

Número suelto: @ 0.25

768 páginas,

dos libros de escogida, variada y reconfortante literatura
POR TRES COLONES

CLASICOS EN INGLES DE HEATH.

Los conocidos Editores Heath y Cia., de Nueva York, han tenido la fineza de remitirnos las siguientes obras:

El último de los Mohicanos, de J. Fenimore Cooper, y *La isla del tesoro*, de R. Luis Stevenson. Texto inglés. Introducción y notas críticas en castellano; y un extenso vocabulario inglés-español.

Textos excelentes para los estudiantes del inglés. Los recomendamos a los profesores de inglés de los años superiores de nuestros liceos.

Empastados, impresión esmeradíma.

El tercer volumen de esta serie será la *Autobiografía* de BENJAMÍN FRANKLIN.

De la misma casa Heath:

HEATH'S MODERN LANGUAGE SERIES: *Doña Clarines* y *Mañana de sol* de los hern años Quintero, y *O locura o santidad*, de Echegaray.

Lindos textos para los estudiantes ingleses del español.

Colección Ariel

La última campaña electoral que ha dado la victoria a los bandos liberales, tuvo a Glasgow por teatro principal en Escocia. Su claustro universitario, uno de los más ilustres del Reino Unido, abrió sus puertas a Mr. Gladstone en su peregrinación política por las ciudades, las villas y las campañas inglesas. El hábil leader del partido liberal, habló dos días delante de uno de los públicos más doctos de Inglaterra. Sin afectar las cuestiones palpitantes de la política misma, exhibió en una de las arengas más famosas que haya pronunciado hasta ahora, los grandes destinos históricos del pueblo británico en las artes y en las ciencias. Aquello fue uno de los triunfos oratorios más ruidosos que un hombre público puede obtener para labrar en veinte y cuatro horas, no solo su prestigio propio, sino el prestigio de un partido oprimido hasta entonces por la firme conducta de sus enemigos. Poner al servicio de una causa, el talento y el saber fuera de la esfe-

ra ardiente de las luchas electorales, es otro medio político desconocido entre nosotros, donde los triunfos de la inteligencia que no brillan en la prensa o en la tribuna parlamentaria, son pura pérdida para los partidos cuando se obtienen en la cátedra o en el libro. Ecos perdidos en la indiferencia de nuestro pueblo.

Setiembre de 1880.

LUCIO V. LOPEZ.

(Recuerdos de viaje.)

RUBEN DARÍO

AL morir Rubén Darío, pierde la lengua castellana su mayor poeta de hoy, en valer absoluto y en significación histórica. Ninguno, desde la época de Góngora y Quevedo, ejerció influencia comparable, en poder renovador, a la de Darío. La influencia de Zorrilla, por ejemplo, fué enorme, pero no en sentido de verdadera renovación: cuando el *zorrillismo* se extendió por todas partes, ya hacía tiempo que el romanticismo había triunfado. Darío hizo mucho más: tanto en el orden de la versificación, como en el estilo, como en el espíritu de la poesía. Su triunfo tiene mucho de sorprendente; porque, escribiendo en nuestro idioma, se lucha contra ignorancias mayores que las de otros pueblos; y más aún, porque Darío, hijo de América, acabó siendo aclamado por el mundo intelectual de nuestra antigua metrópoli. El homenaje de los escritores españoles a Rubén Darío fué grande y sincero. Claro está que a las corporaciones tradicionales, ne-

cesariamente tímidas, nadie espera verlas asociadas a estos homenajes: aunque es verdad que la Real Academia ha nombrado correspondientes suyos a escritores y poetas del Nuevo Mundo no menos *modernistas* que Darío (José Enrique Rodó, Enrique González Martínez, Francisco Gavidia, Gómez Carrillo), en España, donde precisamente tienen su escenario de combate, omite el tributo que merecen Valle-Inclán, Azorín, o Marquina. Pero si la Academia, como cuerpo, no rindió tributos a Darío, sí lo hicieron, individualmente, los académicos; y, entre ellos, el que la presidía por su saber, ya que no de hecho, don Marcelino Menéndez y Pelayo.

En el orden de la versificación, Rubén Darío es único, es el poeta que dominó mayor variedad de metros. Los poetas castellanos de los cuatro siglos últimos, en España o en América, aun cuando ensayaron formas diversas, dominaban de hecho muy pocas; eran, los más, *poetas de endecasílabo y de octosílabo*. Otras formas que alcanzaron popularidad, como el alejandrino en la época romántica, padecían por la monótona rigidez de la acentuación. Darío puso de nuevo en *circulación* multitud de formas mé-

tricas: ya versos que habían caído en desuso, como el *eneasílabo* y los dodecasílabos (de tres tipos): ya versos cuya acentuación liberó, y cuya virtud musical, enriqueció, como el alejandrino. Aun el endecasílabo ganó en flexibilidad, al devolverle Darío dos formas de acentuación usadas por los poetas clásicos, pero olvidadas a partir de 1800. Acometió el problema del exámetro, que ha tentado a muy grandes poetas modernos, desde Goethe hasta Tennyson y Carducci, y finalmente introdujo el *verso libre*, ya el de medida variable con ritmo fijo (como en la *Marcha triunfal*), ya el de medidas y ritmos variables.

En el estilo, Rubén Darío representa otra renovación. Huyó de todo *clisé*, de toda expresión gastada como las monedas, por el uso; de las "auras ledas", y de las "tumbas frías", y de los "labios purpurinos". Se dirá que toda nueva orientación literaria barre los residuos de escuelas anteriores, los *clisés* ya inútiles; y así es la verdad. Pero Darío hizo más; desarrolló el arte del matiz, de la *nuance*, que en la poesía castellana se había hecho raro desde principios del siglo XVIII.

Espiritualmente, en fin, Rubén Darío trajo "estremecimientos nuevos". Fué, si no el primero, uno de los primeros (como Casal, Gutiérrez Nájera y Silva) que trajeron a la poesía castellana las notas de emoción sutil de que fué Verlaine sabio maestro; la gracia y el brillo arraucados al mundo de las cortes versallescas y las fingidas Arcadias, de helenismo decorativo, pero delicioso en su franco amaneramiento; las sugerencias de mundos exóticos, arca opulenta de tesoros imaginativos. Pero nunca perdió su fuerza castiza: supo ser americano; mejor dicho: hispano-americano; cantó y defendió a sus pueblos, los de la lengua española, en ambos mundos, con amor porfiado, con apego a veces infantil. Si no siempre creyó poética la vida de América, sí creyó siempre que los ideales de la América española eran dignos de su poesía. Y porque cantó los ideales de nuestra América, y porque cantó las tradiciones de la familia española, porque entonó himnos al Cid, fundador de la patria vieja, y a los espíritus directores de las patrias nuevas, como Mitre, América y España vieron en él a su *poeta representativo*.

Rubén Darío nació en 1867 y murió en 1916. Publicó las obras siguientes: *Epístolas y poemas* (1885); *Abrojos* (1887); *Azul* (1888); *Rimas* (1889); *Prosas profanas* (1896); *Cantos de vida y esperanza, Los cisnes y otros poemas* (1905); *Oda a Mitre* (1906); *El canto errante* (1907); *Poema del otoño y otros poemas* (1910); *Canto a la Argentina y otros poemas* (1910). En prosa, además de *Azul*, que contenía cuentos junto a los versos, *Los raros* (1892); *La España contemporánea* (1901); *Peregrinaciones* (1901); *La caravana pasa* (1903); *Tierras solares* (1904); *Opiniones* (1906); *Parisiense* (1908); *El viaje a Nicaragua* (1909); *Todo al vuelo* (1912). En 1910 se publicó en Madrid una edición de sus *Obras escogidas*, en tres volúmenes; el primero contenía un estudio preliminar de Andrés González Blanco; el segundo, poesías; el tercero, prosa. En Madrid comenzó a publicarse, el año pasado, una nueva edición de sus poesías, en varios volúmenes arreglados por asuntos: *Y muy siglo diez y ocho*; *Y muy antiguo*; *Y muy moderno...*

PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

BREVE ANTOLOGIA HISTORICA

EPISTOLAS Y POEMAS

(1885)

VERSOS INICIALES DE LA EPISTOLA A

JUAN MONTALVO.

Noble ingenio: la luz de la palabra
toca el ánimo y dale vida nueva,
mostrándole ignoradas maravillas
en el mundo infinito de los seres.
La eternidad preséntase asombrosa
atrayendo al espíritu anhelante,
y el ansia crece en el humano pecho
al resplandor lejano de la aurora.
Tú inspirado y gozoso, alzas la frente,
y con el diapasión de la armonía
sabio sigues sendero provechoso,
extendiendo la pauta del idioma
y formando al fulgor del pensamiento,
si subes, melodías uniformes
como el ritmo inmortal de las esferas...

los ojos tiernos, húmedos,
las bocas inundadas de sonrisas,
las crespas cabelleras
y los dedos de rosa que acarician !

En las pálidas tardes
me cuenta un Hada amiga
las historias secretas
llenas de poesía :
lo que cantan los pájaros,
lo que llevan las brisas,
lo que vaga en las nieblas,
lo que sueñan las niñas.

Una vez sentí el ansia
de una sed infinita.
Dije al Hada amorosa :
"Quiero en el alma mía
tener la inspiración honda, profunda,
inmensa ; luz, calor, aroma, vida."
Ella me dijo : ¡ Ven ! con el acento
con que hablaría un arpa. En él había
un divino idioma de esperanza.
¡ Oh sed del ideal !

Sobre la cima
de un monte, a media noche,
me mostró las estrellas encendidas.
Era un jardín de oro
cón pétalos de llama que titilan.
Exclamé : ¡ Más !

La aurora

vino después. La aurora sonreía,
con la luz en la frente,
como la joven tímida
que abre la reja, y la sorprenden luego
ciertas curiosas mágicas pupilas.
Y dije: ¡ Más!

Sonriendo

la celeste Hada amiga
prorrumpió: "¡ Y bien! ¡ las flores!"
Y las flores
estaban frescas, lindas,
empapadas de olor: la rosa virgen,
la blanca margarita,
la azucena gentil y las volúbiles
que cuelgan de la rama estremecida.
Y dije: ¡ Más!...

El viento

arrastraba rumores, ecos, risas,
murmullos misteriosos, aleteos,
músicas nunca oídas.
El Hada entonces me llevó hasta el velo
que nos cubre las ansias infinitas,
la inspiración profunda
y el alma de las liras.
Y lo rasgó. Y allí todo era aurora
En el fondo se vía
un bello rostro de mujer
¡ Oh, nunca,

Piérides, diréis las sacras dichas
 que en el alma sintiera!
 Con su vaga sonrisa
 “¿Más...?” dijo el Hada.

Y yo tenía entonces
 clavadas las pupilas
 en el azul; y en mis ardientes manos
 se posó mi cabeza pensativa.....

RIMAS

(1889)

LA CIFRA

Tenía una cifra
 tu blanco pañuelo:
 roja cifra que nombre no era
 el tuyo, mi dueño.

La fina batista
 crugía en tus dedos.
 —¡Qué bien luce en la albura la sangre!
 te dije, riendo.

Te pusiste pálida,
 me tuviste miedo.
 ¿Que miraste? ¿Conoces acaso
 la risa de Otelo?

PROSAS PROFANAS

(1896)

SONATINA

La princesa está pálida. ¿Qué tendrá la princesa?
Los suspiros se escapan de su boca de fresa
que ha perdido la risa, que ha perdido el color.
La princesa está pálida en su silla de oro;
está mudo el teclado de su clave sonoro
y en un vaso olvidada se desmaya una flor.

El jardín puebla el triunfo de los pavos reales.
Parlanchina, la dueña dice cosas banales
y vestido de rojo piruetea el bufón.
La princesa no ríe, la princesa no siente;
La princesa persigue por el cielo de oriente
la libélula vaga de una vaga ilusión.

¿Piensa acaso en el príncipe de Golconda o de China,
o en el que ha detenido su carroza argentina
para ver de sus ojos la dulzura de luz?
¿O en el rey de las islas de las rosas fragantes,
o en el que es soberano de los claros diamantes,
o en el dueño orgulloso de las perlas de Ormuz?

¡Ay! La pobre princesa de la boca de rosa
quiere ser golondrina, quiere ser mariposa,
tener alas ligeras, por el cielo volar,
ir al sol por la escala luminosa de un rayo,
saludar a los lirios con los versos de mayo
y perderse en los vientos sobre el trueno del mar.

Ya no quiere el palacio, ni la rueda de plata
ni el halcón encantado, ni el bufón escarlata,
ni los cisnes unánimes en el lago de azur;
y están tristes las flores por la flor de la corte:
los jazmines de Oriente, los nelumbios del Norte,
de Occidente las dalias, y las rosas del Sur.

¡Pobrecita princesa de los ojos azules!
Está presa en sus oros, está presa en sus tules,
en la jaula de mármol del palacio real;
el palacio soberbio que vigilan los guardas,
que custodian cien negros con sus cien alabardas,
un lebrél que no duerme y un dragón colosal.

¡Oh quién fuera Hipsibila que dejó la crisálida!
(La princesa está triste; la princesa está pálida.)
¡Oh visión adorada de oro, rosa y marfil!
¡Quién volara a la tierra donde un príncipe existe
(La princesa está pálida; la princesa está triste)
más brillante que el alba, más hermoso que abril!

Calla, calla, princesa, dice el Hada madrina;
en caballo con alas hacia aquí se encamina,
en el cinto la espada y en la mano el azor,
el feliz caballero que te adora sin verte
y que llega de lejos, vencedor de la muerte,
a concederte los labios con su beso de amor.

RESPONSO A VERLAINE

Padre y maestro mágico, liróforo celeste,
que al instrumento olímpico y a la siringa agreste
diste tu acento encantador.
¡Panida! Pan tú mismo, que coros condujiste
hacia el propileo sacro que amaba tu alma triste
al son del sistro y del tambor.

Que tu sepulcro cubra de flores Primavera,
que se humedezca el áspero hocico de la fiera
de amor si pasa por allí;
que el fúnebre recinto visite Pan bicorne,
que de sangrientas rosas el fresco abril te adorne
y de claveles de rubí.

Que si posarse quiere sobre la tumba el cuervo,
ahuyenten la negrura del pájaro protervo
el dulce canto de cristal
que Filomela vierta sobre tus tristes huesos,
o la armonía dulce de risas y de besos
de culto oculto y forestal.

Que púberes canéforas te ofrenden el acanto;
que sobre tu sepulcro no se derrame el llanto,
sino rocío, vino, miel;
que el pámpano allí brote, las flores de Citeres,
y que se escuchen vagos suspiros de mujeres
bajo un simbólico laurel.

Que si un pastor su pífano, bajo el frescor del Haya,
en amorosos días, como en Virgilio, ensaya,
tu nombre ponga en la canción;
y que la virgen náyade, cuando este nombre escuche,
con ansias y temores entre las linfas luce
llena de miedo y de pasión.

De noche, en la montaña, en la negra montaña
de las Visiones, pase gigante sombra extraña,
sombra de un sátiro espectral;
que ella al Centauro adusto con su grandeza asuste.
de una extrahumana flauta la melodía ajuste
a la armonía sideral.

Y huya el tropel equino por la montaña vasta:
tu rostro de ultratumba bañe la luna casta
de compasiva y blanca luz:
y el Sátiro contemple sobre un lejano monte
una cruz que se eleve cubriendo el horizonte
y un resplandor sobre la cruz.

CANTOS DE VIDA Y ESPERANZA

(1905)

PORTICO

Yo soy aquel que ayer no más decía
el verso *azul* y la canción *profana*;
en cuya noche un ruiseñor había
que era alondra de luz por la mañana .

El dueño fuí de mi jardín de sueño,
lleno de rosas y de cisnes vagos;
el dueño de las tórtolas; el dueño
de góndolas y liras en los lagos.

Y muy siglo diez y ocho; y muy antiguo;
y muy moderno; audaz, cosmopolita;
con Hugo fuerte, y con Verlaine ambiguo;
y una sed de ilusiones infinita.

Yo supe de dolor desde mi infancia;
mi juventud ¿fué juventud la mía?
Sus rosas aun me dejan su fragancia:
una fragancia de melancolía.

Potro sin freno se lanzó mi instinto;
mi juventud montó potro sin freno;
iba embriagada y con puñal al cinto...
Si no cayó, fué porque Dios es bueno.

En mi jardín se vió una estatua bella;
se juzgó mármol, y era carne viva;
un alma joven habitaba en ella,
sentimental, sensible, sensitiva.

Y tímida ante el mundo, de manera
que encerrada en silencio no salía
sino cuando en la dulce primavera
era la hora de la melodía.

Hora de ocaso y de discreto beso;
hora crepuscular y de retiro;
hora de madrigal y de embeleso,
de ¡te adoro!, de ¡ay! y de suspiro.

Y entonces era en la dulzaina un juego
de misteriosas gamas cristalinas,
un renovar de notas del Pan griego
y un desgranar de músicas latinas;

con aire tal y con ardor tan vivo
que a la estatua nacían de repente
en el muslo viril patas de chivo
y dos cuernos de sátiro en la frente.

Como la Galatea gongorina
me encantó la marquesa verleniana;
y así juntaba a la pasión divina
una sensual hiperestesia humana,

todo ansia, todo ardor, sensación pura,
y vigor natural, y sin falsía,
y sin comedia y sin literatura...
Si hay un alma sincera, esa es la mía.

La torre de marfil tentó mi anhelo;
quise encerrarme dentro de mí mismo
y tuve hambre de espacio y sed de cielo
desde las sombras de mi propio abismo.

Como la esponja que la sal satura
en el jugo del mar, fué el dulce y tierno
corazón mío henchido de amargura
por el mundo, la carne y el infierno.

Mas por gracia de Dios, en mi conciencia
el bien supo elegir la mejor parte;
y si hubo áspera hiel en mi existencia,
melifó toda acritud el arte.

Mi intelecto libré de pensar bajo;
lavó el agua castalia el alma mía;
peregrinó mi corazón, y trajo
de la sagrada selva la armonía.

¡ Oh la selva sagrada ! ¡ Oh la fecunda
emanación del corazón divino
de la sagrada selva ! ¡ Oh la fecunda
fuente cuya virtud vence al destino !

Bosque ideal que lo real complica;
allí el cuerpo arde y vive, y Psiquis vuela;
mientras abajo el sátiro fornicar,
ebria de azul deslíe Filomela

perla de ensueño y música amorosa
en la cúpula en flor del laurel verde;
Hipsipila sutil liba en la rosa,
y la boca del fauno el pezón muerde.

Allí va el dios en celo tras la hembra
y la caña de Pan se alza del lodo;
la eterna Vida sus semillas siembra
y brota la armonía del Gran Todo.

El alma que entra allí debe ir desnuda,
temblando de deseo y fiebre santa,
sobre cardo heridor y espina aguda.
¡Así sueña, así vibra y así canta!

Vida, luz y verdad: tal triple llama
alienta la interior llama infinita.
El Arte puro, como Cristo exclama:
Ego sum Lux, et Veritas, et Vita.

Y la vida es misterio; la luz ciega,
y la verdad impenetrable asombra.
La adusta perfección jamás se entrega
y el supremo ideal duerme en la sombra.

Por eso ser sincero es ser potente.
De desnuda que está, brilla la estrella.
El agua dice el alma de la fuente
en la voz de cristal que fluye de ella.

Tal fué mi intento: hacer del alma pura
mía, una estrella, una fuente sonora,
con el horror de la literatura
y loco de crepúsculo y de aurora.

Del crepúsculo azul que da la pauta
que los celestes éxtasis inspira:
bruma y tono menor ¡ toda la flauta !
y aurora, hija del sol ¡ toda la lira !

Pasó una piedra que lanzó una honda,
pasó una flecha que aguzó un violento.
La piedra de la honda fué a la onda,
y la flecha del arco se fué al viento.

La virtud está en ser tranquilo y fuerte.
Con la llama interior todo se abrasa,
se triunfa del rencor y de la muerte,
y hacia Belén.... la caravana pasa.

ODA A MITRE

(1906)

FINAL

¡ Descansa en paz! Mas no, no descanses. Prosiga
tu alma su obra de luz desde la eternidad.
Y guíe a nuestros pueblos tu inspiración, amiga
de lo bello y lo justo, del Bien y la Verdad.

¡Tu presencia abolida, que crezca tu memoria;
alce tu monumento su augusta majestad;
y que tu obra, tu nombre, tu prestigio, tu gloria,
sean, como la América, para la Humanidad!

EL CANTO ERRANTE

(1907)

ANTONIO MACHADO

Misterioso y silencioso
iba una y otra vez.
Su mirada era tan profunda
que apenas se podía ver.
Cuando hablaba tenía un dejo
de timidez y de altivez,
y la luz de sus pensamientos
casi siempre se veía arder.
Era luminoso y profundo
como hombre de buena fe.
Fuera pastor de mil leones
y de corderos a la vez.
Conduciría tempestades
o traería un panal de miel.
Las maravillas de la vida
y del amor y del placer
cantaba en versos profundos
cuyo secreto era de él.
Montado en un raro Pegaso
un día al imposible fué.
Ruego por Antonio a mis dioses.
Ellos le salven siempre. Amen.

POEMA DEL OTOÑO Y OTROS POEMAS

(1910)

GAITA GALAICA.

Gaita galaica, que sabes cantar
lo que profundo y dulce nos es.
Dices de amor, y dices después
de un amargor como el de la mar.

Canta. Es el tiempo. Haremos danzar
al fino verso de rítmicos pies.
Ya nos lo dijo el Eclesiastés:
tiempo hay de todo; hay tiempo de amar;
tiempo de ganar, tiempo de perder,
tiempo de plantar, tiempo de coger,
tiempo de llorar, tiempo de reir,
tiempo de rasgar, tiempo de coser,
tiempo de esparcir y de recoger,
tiempo de nacer, tiempo de morir.

NOTA.—El artículo de Henríquez Ureña y esta Breve Antología,
los hemos recogido de *Las Novedades* de Nueva York.

GILS, BUSCADOR DE FELICIDAD

GILS dejó su aldea para correr el mundo, impulsado por un deseo inexpresable y nunca por él comprendido exactamente: La Felicidad.

Siguió un camino pendiente y pedregoso. Su aldea se extendía eglógica y tranquila con sus casitas desparramadas entre las viñas que el río reflejaba. Idealizada por la distancia, creyóla un paraíso ingenuo, parecióle que allí el no ser feliz era un pecado, y quiso volver, pero acordóse de Stuck el sastie, Hans el síndico y Michel el carnicero, borrachos impenitentes, infatigables camorristas, que le eran tan repulsivos, y anduvo un corto trecho. Dudó: acaso la Felicidad por él buscada sólo de lejos existiría, y al acercarse, en todas partes habría Stucks, Hanses y Micheles... Una voz misteriosa le decía: Es el mundo a modo de isla dorada: todos son felices menos tú....

Crejólo, y marchó mirando el sol naciente, que socarrón, le hizo estornudar en medio de sus entusiasmos.

Fué un caminar de días y días sin descanso, y al cabo penetró en un bosque. La niebla fingía en las hayas extrañas visiones. Era la

noche muy oscura. La claridad azul de un gusano de luz brillaba entre las mentas aromosas. Se apartó para no pisarle.

Y el verle, con débil vocecilla, dijo:—¿Qué buscas, Gils?

—La Felicidad.

—Búscala en ti y no fuera de ti. Eres comasivo (pues no me has aplastado) y no serás dichoso en tu comercio con las gentes.

La voz misteriosa clamó indignada:—No le creas, aplasta ese gusano.

Alejóse. Venía por la selva, opuesto a él, un guerrero. Era atlético y de facciones serenas, casi dulces....

—¿Qué buscas, Gils?...

—La Felicidad.

—¿Y has dejado tu aldea?... Lo mismo hice yo y pasé años ha por esta selva oscura de la Incertidumbre; en ella hay muchos caminos que seguir... La ciencia, el amor, la guerra.... El mío fué éste, juzgaba noble y santa la gesta, y fuí a matar infieles, ardiente de rencor contra los que imaginaba monstruos... pero, tras luengo batallar, vi que ni eran infieles ni monstruos, pues son dulces y buenos y fieles a su Dios, y el odio se fué desvaneciendo en mi alma cual un horrible espectro al nacer el sol, y dije: "Bienaventurada la guerra, porque purga el espíritu de malas pasiones", y así, cuando dos pueblos se odian, no debe evitarse que luchen, pues de este modo conocerán sus mutuas virtudes y se amarán, y pien-

sa que todos los daños materiales no valen lo que el más simple pensamiento.... Ya ves, Gils, buscaba la Felicidad, y sólo he hallado esta sabiduría, y ahora, con el alma serena, vuelvo a mi aldea, que igual es a la tuya. Si quieres haremos juntos el camino.

—Busco la Felicidad, que no está allí, pues viven Stuck el sastre, Hans el síndico y Michel el carnicero, que son ruines almas.

—En todo lugar las hallarás: aprende a despreciarlas y a perdonarlas y será tranquilo tu existir.

Dijo la voz misteriosa:—No le creas: habla así porque no consiguió enriquecerse en la guerra, pero en el fondo de su alma anidan las sierpes de la envidia:

Siguió andando y encontró a un fraile.

—¿Qué buscas, Gils?

—La Felicidad.

—No es la tierra su lugar. Nuestras vidas son caminos de perfección sembrados de abrojos que nos llevan al fin supremo.... Al llegar, poseerémosla, mas al presente nuestros pies sangran y ante nosotros sólo hay cielos grises y desiertos... Para que este yermo brote rosas, ha de regarse con la sangre del alma, el amor.... Que tu alma se desangre por los seres y por las cosas.... •

Y este estrambote puso la voz misteriosa:—Sobre todo si son mujeres hermosas.

Siguió adelante.

Un doctor sentado sobre un grueso infolio,

examinaba con una lupa las pequeñas hierbas. Al tropezarle Gils, encolerizóse.

—¿Por qué me molestas?... ¿qué buscas? ..

—La Felicidad.

—¿Qué clase de planta es esa que no conozco?... Jamás oí hablar de ella....

—No es una planta, es un deseo de nuestra alma....

—¿De nuestra alma?... ¿pero qué es eso que tú llamas alma?... Discurramos: has dicho *nuestra*, *ergo* nosotros la tenemos; ahora bien, nosotros somos hombres, luego el *alma* es patrimonio de los hombres; ahora bien, yo soy hombre, luego también es patrimonio mío....

¡Oh, prodigiosa sapiencia, divina Metodología! Merced a tu nunca bien ponderado silogismo, ha retornado la razón al punto de partida del que no tenía la menor necesidad de salir.

Prosiguió el doctor:

—...sin embargo yo nunca la he visto....—

—No resulta eso fácil, puesto que es un espíritu....

—¿Espíritu?... ¡Ah!... ¡Acabáramos!... ¿Tú has visto algún espíritu?...

—No.

—Pues si no le has visto, ¿por qué crees en él?... Pero si la Felicidad es, según dices, un deseo del espíritu (cosa por ti no vista y en la que no puedes racionalmente creer).... ¿por qué la buscas?... No existiendo el objeto, ¿cómo

podrán existir sus propiedades?... Me has hecho perder un muy hermoso tiempo.... No estoy aquí para convencer orates.... Sigue tu camino... Pero me pareces un buen muchacho, exento de la menor experiencia, y te daré un consejo: la vida no es sino actos, actos y actos, mal hilvanados, que suceden porque sí, sin método ni fin, por lo tanto vacíos.... Si existiese la Felicidad, ese sería nuestro fin, y la vida tendría alguna justificación.... Moraleja: es inútil pedir peras al olmo.... Resumen: vuelve a tu pueblo y cava la tierra, conviértete en máquina agrícola, como yo en estudiosa, piensa lo menos posible, vivirás tranquilo y echarás buenas carnes.

Dijo la voz misteriosa:—Deja a ese necio a quien, quizá por atavismo, tanto enamoran las hierbas.

Siguió caminando por caminos tortuosos. Tropezaba con las raíces de los árboles; era ya el fin de otoño y caían las hojas muertas.

Cantaba un ruseñor y le decía:—¿Qué buscas, Gils?

—La Felicidad.

—Cosa difícil es de hallar, y yo creo que, completa, no existe. Nuestra vida es como esas páginas que escriben los niños en la escuela: son de torpes palotes y de cuando en cuando, sin comprender el porqué, encontramos bellos rasgos que la mano del maestro ha trazado.... Tendrás momentos felices, pero no olvides que son sólo momentos, y que "en

el gran libro de la vida, la mano del Maestro trazó esos bellos rasgos entre tus palotes"...

A éste, como tenía sus visos de poeta, la voz misteriosa, no dándole importancia, omitió la apostilla.

Siguió caminando y encontró una doncella hermosa. Era de una blancura enferma, el cuello desnudo y esbelto y unos ojos negros, entristecidos y ardorosos.

—¿Qué buscas, Gils?

—La Felicidad.

—Ven, mi lecho es blanco, y por la abierta ventana entra un haz de luna.

Era la tentación. Su mente, repleta de textos salomónicos vilipendiantes de la mujer, sentía un horror repulsivo por el monstruo, ¡pero... era tan bello!... Miró a lo alto: el cielo azul, un tanto argentino, se veía por entre las ramas peladas de los árboles blancos de luna.

—Es un poco flaca—dijo la voz misteriosa.

Caminó, pero Gils, el incansable andariego, rendido, agotado, sentóse bajo un árbol y durmió. Despertóle una mano huesuda, tocándole en el hombro y vió ante sí un esqueleto, sin más traje que un solideo en la cabeza monda.

—¿Qué buscas, Gils?

—La Felicidad.

—Ven conmigo.

—Tú eres la Muerte, no la Felicidad.

—Quieras o no has de venir conmigo.... ¡Y al

fin, qué!... Renunciaste los goces, desoiste sabios consejos, eras irresoluto y todo lo encontrabas mal.... Lo mejor que puedes hacer es morirte.... Reposo hallarás en mí....

Dijo la voz burlona:—Mi labor contigo ha terminado; voy por otro....

—¿Quién es esa voz?...—demandó Gils a la Muerte.

—Es el Diablo, que, como habéis destruido con vuestros microscopios y vuestros cálculos su infierno de ultratumba, se ha trasladado a la tierra y os atormenta con deseos.

Gils no sintió repugnancia ni temor por aquel armazón de huesos carcomidos por la vejez, tanto, que costillas y espinazo se ligaban por alambres. Ofrecióle gentilmente su brazo y dejóse guiar.

Y la Muerte le decía:—Estas noches son un poco frías y gracias a este solideo que hurté a un canónigo no cojo un resfriado que me lleve Pateta.... Ven por aquí, pues bajo ese árbol, forrados en el manto negro, me he dejado la guadaña y el reloj de arena que me cohibían mucho para andar.

LUIS G. SANTA MARINA

(*Revista Castellana*, Valladolid.)

EL PORVENIR DE AMERICA

SI un hombre estudioso y observador alcanzara en plena actividad mental edad avanzada, habiendo sido ejemplo de ciencia universal y habiendo consagrado años seguidos de su existencia ilustre a la adquisición teórica de las verdades científicas y a la observación de sus múltiples aplicaciones a la vida; si hubiese enriquecido su cerebro con incansable y perseverante celo, y conseguido por favor singular del destino, en el momento supremo de cesar en su labor para entregarse al reposo definitivo, el recomenzar su vida de estudio sin que el caudal acumulado de sus conocimientos perdiera en nitidez e intensidad; tal hombre, en quien se aunarían la ciencia y el juvenil vigor, sería dominador indiscutible e indiscutido y nadie podría alzarse contra su soberanía.

Algo parecido puede ser la situación de América con relación a los países del Viejo Mundo, si sus pensadores alcanzan el vuelo de su inteli-

gencia a la región serena de las eternas claridades.

Hay en la vida de América algo de la existencia de aquel héroe inmortal del gran poeta y filósofo de Weimar, cuya profunda y eterna verdad sólo se concibe y comprende en toda su amplitud y claridad cuando hemos traspuesto las fronteras de la juventud.

Fausto, poseedor de la ciencia universal, pero oprimido por la senectud, halla en el filtro de Mefistófeles el secreto de la inmortalidad, que le devuelve la virilidad en su acción y en sus energías de resistencia; pero esa vida nueva que se le ofrece, sólo devuelve a Fausto el vigor físico, la resistencia del músculo, no el alma creadora y entusiasta de la juventud que lleva en sí el tesoro fecundo de las supremas abnegaciones, el amor profundo y desinteresado de los más grandes ideales.

Después de la transformación, Fausto sigue siendo bajo sus apariencias juveniles el viejo sabio, egoísta y escéptico de corazón marchito, en cuya alma ha muerto ya definitivamente la fuente sagrada del amor y de la vida, de los entusiasmos y de la virtud.

América, como Fausto, posee todo un caudal de ciencia fecunda; tiene como él, vigor;

pero tiene lo que aquél no posee: el entusiasmo ardoroso, la fe sagrada de su juventud!

América se halla en el período de la adolescencia sana y exuberante en que el cerebro y el corazón, servidos por músculos vigorosos y resistentes, tienen la plasticidad necesaria para que se modelen en ellos las ideas grandes y los sentimientos generosos.

Tiene por sede propia un territorio casi virgen que ofrecer a la labor de los que llegan en demanda de paz y de una compensación remuneradora que en otras partes les falta; tiene un cielo luminoso y puro que abre a los espíritus agobiados por el infortunio los horizontes de la esperanza; tiene instituciones libres, que dejan a cada cual el cuidado de ese tesoro íntimo de sus pensamientos y de sus creencias; tiene la fe, el vigor y los entusiasmos de su edad.

Su espíritu juvenil, influido por el ambiente, está libre de supersticiones propias o heredadas; las mismas tradiciones del hogar de origen que pudieron gravitar sobre su ser arrastrándolo a la prosecución de viejas luchas, se han esfumado en el tiempo sin dejar en su alma más sedimento que una herencia de altivez viril y batalladora, acaso un poco tumultuosa.

tuosa, pero fuente futura de energías saludables y creadoras.

Su mente vigorosa ha sido cultivada con esmero, asimilándose los principios generales de la ciencia universal, y su criterio, libre de preocupaciones, ha dado en el comentario o la interpretación de esa misma ciencia la nota de indiscutible originalidad.

Nada lo detiene en su marcha; ninguna nube oscurece su horizonte libre; nada se interpone entre su rayo visual y la meta que persigue; ningún lazo paraliza sus movimientos, es libre, como el cóndor que cruza la extensión callada, como el viento que circula en la pampa infinita.

Al frente tiene un tesoro cuyos caudales se le brindan generosamente: la Europa de los combates cruentos, de los esfuerzos inauditos, la fragua en que se han forjado las armas de tantas luchas estruendosas, donde se ha fundido el bronce de tantos monumentos inmortales, donde ha arraigado el laurel y la palma de la gloria, y donde el árbol de la ciencia ha crecido incontrastable, cultivado por cien generaciones de sabios y ha cubierto con la sombra de su ramaje secular el desarrollo de un culto santo, representado por esa misma cien-

cia que simboliza. Ese mundo privilegiado donde no hay un grano de polvo que no guarde una memoria del pasado; donde se han congregado las tradiciones de la Roma guerrera y de la Roma jurídica; que ha heredado las leyendas artísticas de la Grecia armoniosa como una estrofa de Píndaro o un mármol de Fidias; que ha recogido los secretos de la vieja ciencia y de los milenarios cultos del oriente para interpretarlos, comentarlos y traducirlos; todo un infinito de ciencia, de arte, de investigación y de estudio; todo está allí, a su frente, ofreciéndole la visión panorámica de múltiples y misteriosos aspectos.

Puede elegir libremente.

Allí está el cuadro de los conocimientos humanos, no aquel que resulta del libro, sino el conocimiento experimentado, el hecho producido, la esencia misma de la vida no teórica, vivida.

Ese cuadro ofrece a su observación la doctrina científica, y al lado la experimentación de esa doctrina; allí está la idea vencedora, triunfante, y la idea vencida; allí está el fracaso visible y el éxito feliz y consagrado.

Pero hay más aún: está la historia minuciosa y fidedigna de los fracasos y de los triun-

fos, las causas individuales de los primeros, sus orígenes y su desarrollo, y la marcha angustiosa o fácil de los segundos; todo está allí, el principio, el medio y el fin de esos ensayos.

¡La obra de los otros, de muchos otros, para servir generosamente a una región mimada de la tierra!

Es un estudio, un aprendizaje, un ensayo feliz o desgraciado, sintetizado para ofrecerlo a un adolescente que empieza a vivir, y al cual se dan como elementos de ejemplo y de estudio los anales del género humano para que elija, para que busque lo adaptable a su vida excepcional, para que rodee o evite los escollos, para que prepare la senda del triunfo, aprovechando los dolores que otros sufrieron y utilizando los triunfos que otros conquistaron.

¿Qué se necesita para ello?

Profundizar con ánimo sereno los archivos del genio humano; encerrarnos dentro de nosotros mismos para apreciar las responsabilidades que envuelve la acción de los hombres de Estado, para sólo inclinarnos ante lo consagrado y aceptar lo útil, lo adaptable a las costumbres y a los ideales de cada pueblo.

Pero es necesario algo más: levantar la

mente sobre los hombres y las pasiones, no para suprimirlos, sino para encaminarlos y dirigirlos; y al obrar así prescindir de todo egoísmo para orientar y encauzar la actividad que gobierna y dirige en pro del bienestar general, sin que jamás turben ese propósito ni intereses ni atracciones bajamente personales.

En la infancia de las naciones de América, cuando la idea de independencia era acaso tímida aspiración, y los conatos para consagrarla debían vencer el temor de los unos, la timidez de los otros y explicar y hacer populares los propósitos emancipadores, todas esas tentativas y propósitos se concretaron en una bandera, símbolo tangible de sus aspiraciones.

Tales enseñas de redención tenían un símbolo característico; ya era el sol derramando sus gloriosas claridades, ya un grupo de estrellas simbolizando las solidaridades estelares, ya la estrella solitaria, como emblema altivo de su poder futuro fundado en su sola grandeza, ya eran constelaciones completas que se invocaban como tutelares de las nuevas naciones que surgían a la vida de la libertad.

¿De dónde emanaba esta tendencia?

¿Era el antiguo culto de los incas que influía al través del tiempo y de la distancia y atraía los ojos de los nuevos pueblos hacia el dios de sus mayores en la posesión de la tierra americana?

¿Era el indefinible acatamiento hacia los astros soberanos que lucen en el soberbio cielo de América como faros eternos que guían su destino por las sendas de la historia?

¿Sería quizá el símbolo de su futuro, adivinado acaso por los precursores de la emancipación americana?

Difícil contestar a tales preguntas y resolver el problema que ellas implican; pero quizás en la ingenuidad de los primeros movimientos emancipadores, esa tendencia armónica de las diversas naciones que se formaban traducía inconscientemente el temor de soluciones futuras, ante las cuales los Conductores buscaban en lo alto la guía de sus pasos: los astros de eterna luz que debieran guiarlos por las rutas oscuras de la emancipación.

Aceptemos el símbolo, que tiene la consagración del esfuerzo, del sufrimiento y de la victoria; y al adoptarlo como emblema tutelar de las naciones americanas, coloquémoslo en la cumbre y que él sea eterno faro que guíe a las humanidades nuevas por las rutas del porvenir.

A. J. PEREZ
(Uruguayo)

UNA ESTATUA DE CAMILO TORRES *

No ha mucho tiempo que la República de Venezuela erigió en su capital una estatua al ilustre hijo de Popayán. Parece que el escultor se propuso perpetuar la imagen del tribuno, acaso en aquel momento inolvidable del año de 1813 en que, como a presidente del congreso y como a encargado del poder supremo de la Unión, correspondió a Torres la gloria de vaticinar, en su magistral oración de diez líneas, la misión genial del Libertador de América.

Si hemos de aceptar el consentimiento unánime de sus contemporáneos, Camilo Torres—según concepto atribuido a Humboldt, que le trató íntimamente—fué un «hombre verdaderamente grande, extraordinario, gigante de inteligencia, genio de extensos talentos, gran saber y de virtudes sólidas y rígidas». La patria lo celebra por haber sido acaso el hombre más prominente de la Revolución, la que ayudó a preparar paciente y sólidamente; a la que sirvió con todas las fuerzas de su alma soberana, hasta perder la vida en el cadalso, como cifra y remate de su patriotismo acrisolado. Su actuación fué, sin duda, la del hombre de estado, y su labor, de un carácter esencialmente público. El pacificador

* Artículo redactado con ocasión de erigir la estatua del célebre presidente de las Provincias Unidas de la Nueva Granada, que hoy se yergue en la plazuela de San Francisco de Popayán.

Morillo lo llamó irónicamente, pero con gran verdad, «el Catón granadino; el ideólogo, causa de la revolución».

Ahora bien: ¿Cómo ejerció tamaña influencia en el ánimo de sus compatriotas? Por medio de la palabra hablada o escrita. Las altas posiciones a que lo elevaron sus méritos eximios, en los comienzos de la lucha, agregaron a sus pensamientos el imperio eficiente del mandato; disertaciones, mensajes, proclamas, discursos, toda la producción de Torres—sin excluir su correspondencia privada de carácter político—llevan un sello esencialmente oratorio. Eran aquellas horas de propaganda; precisaba crear un estado de alma popular propicio a la República, y todo cuanto salió de la pluma o de los labios de Torres son explosiones de patriotismo de tan buena ley y profundo sentido, que habrán de quedar por muchos años como fórmulas perfectas de hermosura y sabiduría, de precisión y de elocuencia. Torres fué, pues, el más grande orador de la revolución, tomada esa voz en la plenitud de excelencias que le atribuyera la antigüedad clásica. El conocimiento profundo de los autores griegos y latinos, y de los oradores franceses, ingleses y americanos dió a su estilo una majestad elegante y una proporción y claridad verdaderamente admirables. A menudo sus contemporáneos lo comparan con personajes clásicos, acaso por la propiedad con que cuadraban aplicados a él, ciertos paralelismos tan en boga entonces. *No oyó el Areópago de Atenas (dijo Zea) ni el Senado de Roma una voz más elocuente que la de Camilo Torres en el cabildo abierto en 1810.* Su propio porte ayudaba en gran manera a su potencia oratoria:

La serena y amplísima frente —nos dice su maestro el distinguido sacerdote y doctor don Juan Mariano de Grijalba,— los rasgos severos de su rostro, su actitud varonil, cuasi atlética, y su gentileza revelan a primera vista la energía y rectitud de un carácter inquebrantable en la vía del bien y de la justicia.

La estatua en que queremos enaltecer su vida fecunda y su muerte gloriosa debe representar a Torres en el gesto que exteriorice su virtualidad interior: la conquista de las voluntades por la razón que habla. La estatua de Torres debe reproducir al apóstol, al tribuno y al vidente. ¿Qué momento más propicio para representarlo que aquel en que de modo público proclamó tan enérgicamente el programa de la emancipación, la inolvidable noche del 20 de Julio de 1810.

Todas esas verdades son bien conocidas del escultor Verlet, que tan hermosamente sabe traducir en bronce los ideales de una raza, y la personalidad de don Camilo le es familiar sin duda, puesto que el busto inaugurado en Bogotá, cuando el Centenario, lleva la firma del insigne artista francés. Empero ¿por qué no someterle un capricho de la ciudad que dió la vida a Torres?

Un compatriota y colega de monsieur Verlet en el arte escultórico, el gran Saint Marceaux, dijo alguna vez que era deplorable la indumentaria actual, manchada de la canallería moderna, y en nada resplandece tanto este juicio del artista latino como en la estatuaria.

Para nuestros grandes hombres queremos algo más que la férrea casaca y el bárbaro e inflexible pantalón; ambicionamos cuanto los acerque a aquellas formas puras, consagradas por los tiempos clásicos y refrendadas por el buen gusto.

Una capa española de largos pliegues, echada sobre los hombros atléticos de Camilo Torres, como debió de ceñirla la histórica noche del 20 de Julio de 1810 en el cabildo abierto, en aquella sesión que duró hasta el amanecer, en la que se produjo con la elocuencia clásica que deslumbrara a Zea, ¿no nos daría una estatua digna por su majestad de trasladarnos a aquellos nobles paños que esculpió la Grecia y que cautivan todavía en las figuras de oradores áticos y en algunos mármoles tajados en Roma, bajo la segunda República?

¿Teneranni no envolvió en un manto clásico a nuestro Libertador? ¿David D'Angers no gustó de igual resurrección para muchas de sus figuras? Todo lo que acerque a nuestro gran Torres a la noble apostura de los repúblicos antiguos lo glorificará realmente, porque esos hombres fueron la viva preocupación de nuestros próceres, y la imitación de ellos su más tenaz empeño, y porque la nobleza de la toga romana y de los mantos griegos es algo que, subyugando con el encanto de lo bello, entrega sin cesar a la admiración de las generaciones esa fórmula plástica de sencillez armoniosa. Queremos ver a Camilo Torres como lo vió Zea, como lo vió el Libertador, como lo vieron todos los hijos de América. Y si en Caldas realizó Verlet el *pensamiento*, anhelamos que, en Torres realice la *palabra*.

Estos breves apuntes tienden a llevar a los oídos del ilustre escultor un deseo del grupo más humilde, pero tal vez el más entusiasta de sus admiradores del Nuevo Mundo.

GUILLERMO VALENCIA

(Cromos, Bogotá.)

El intelectualismo

Naturaleza y acción

BUSCAMOS, hemos dicho, crear estímulos y capacidades efectivas, no diplomados empenachados de teorías,—hacer obra social, concordando la enseñanza con las aspiraciones, necesidades y la conveniencia de todo orden de nuestro medio y de nuestro tiempo, fortificando ideales de conducta y de acción, y no desenvolviendo vocaciones puramente intelectuales, solitarias, y, por lo mismo, estériles para la sociedad y para el mismo educando.

Estos conceptos responden no a una simple opinión ocasional, ni siquiera a una escuela en pedagogía, sino a una dirección filosófica fundamental, que podríais referir a épocas anteriores al Cristo, pero que éste ha fundado e ilumina por los siglos.

Vengo repitiendo delante de vosotros y de mis conciudadanos, porque la considero fuente de salud, la idea de que el cultivo puro de la inteligencia es, para los directores, una tarea insuficiente, y para los hombres un extravío del camino que busca instintivamente por mandato de su propia naturaleza.

El intelectualismo es una de las causas de esta inquietud, de esta congoja inmensa y ahogada que era hasta hace 7 meses el signo y el patrimonio de nuestro siglo.

El intelectualismo despierta ambiciones impotentes que encienden e irritan las pasiones y que impidne-

al espíritu aplacarse en los manantiales clásicos en que otras edades pacificaron la sed inagotable del ser: el amor a la patria, el culto del arte, la contemplación del infinito.

Cuando hablo de intelectualismo no quiero referirme por cierto al intelectualismo individual, a ese orgullo ardiente y glorioso de la emoción estética que devora la vigilia y absorbe la vida del artista o del pensador, sino al del proletariado intelectual que es fruto del proletariado moral, que se caracteriza por el fanatismo de la inteligencia y de sus creaciones, se ufana de una ciencia a medias y se define por un desprecio conjunto por la acción, la naturaleza y la vida que daban a Goethe la interpretación última del verbo en el monólogo de Fausto.

En el libro de Goethe lee Fausto el nuevo testamento. «Al principio era el verbo.» Me es imposible, dice, traducir bien esta palabra: el verbo.

Es menester que traduzca de otra manera. ¿Será el espíritu que crea y conserva todo? Debería decirse entonces: *en un principio existía la fuerza.*

No sé qué me dice que no debo contentarme con tal sentido. El espíritu me alumbra ya, la inspiración descende a mi alma, yo escribo consolado: *en un principio existía la acción.*

Nuestra tradición histórica crea motivos mayores y más graves de inquietud y fija el deber imperioso de los educadores.

Somos, en efecto, un país con la herencia de varios siglos sin ideales: la conquista fué «una vasta empresa comercial»: no la animaba sino la fiebre homérica de encontrar las islas de oro que se ocultaban siempre, pero cuya existencia se afirmaba

todos los días en el ánimo del conquistador fanático y barbarizado.

Pasado el medio siglo de heroísmo de la conquista, el colono trajo la codicia metódica del funcionario.

Se asentó entonces en América el espíritu escolástico que llenará la vida colonial con las disputas vanas de audiencias y cabildos, de las mentiras de las memorias de virreyes, de la declamación de las Cédulas Reales, del artificio de todo el régimen que se mantenía como una caparazón rígida sobre el cuerpo mórbido y cálido de la nueva sociedad que crea su despecho.

La familia nació sin amor entre el español y la india en la que el padre reinaba tan despóticamente como sobre él el lejano monarca aunque se llamara Carlos II, por medio de privados y secretarios que sisaban abundantemente en el oro de América.

El hijo fué siempre un incapaz sin iniciativa y sin derecho. El viejo espíritu se prolonga al través de siglos segando la independencia del carácter y el ánimo de empresa y de riesgo que en todas las latitudes del globo ha construido enérgicamente el hogar inglés—idealista y gallardo, enérgico y práctico a la vez.

Nuestro espíritu rezuma por todas partes esa vieja herencia: así nuestra educación atiborrada de gramáticas y de fórmulas, de sistemas hechos y falsificaciones clásicas.

De ahí, de ese pasado, ha surgido un país en que el funcionarismo es un ideal y en el que la politiquería da gloria.

En el estudio comparativo de las dos grandes colonizaciones de América—la inglesa en Estados

Unidos y la española en nuestra América latina—creo ver como el rasgo diferencial por excelencia, la presencia de una categoría de ideal en el seno de la formación originaria de la gran nación del norte. Estados Unidos ha sido siempre un país profundamente religioso que hizo de contra peso al desenvolvimiento desmesurado de la vida económica, a la intensidad del esfuerzo material, a la áspera lucha por la conquista del dinero que habrían ahogado de otra manera el alma social.

De ahí el espíritu religioso que todos comprueban en la América del Norte: Tocqueville le señalaba en 1835, Paul Adam en 1903 anota la fuerza del ideal teista, H. Bargy afirma que la unidad moral de la nación americana es una unidad religiosa.

He ahí, pues, una fuerza espiritual que los peregrinos puritanos de Pensilvania comunicaron a la nación que ha salido de ellos, que ha penetrado toda su historia y que explica la grandeza de un país que sustenta su inconmensurable riqueza material sobre un idealismo profundo y superior. De ahí el contraste más fundamental con la colonización americana del sud, organizada sin altos objetivos sociales.

Desde hace un siglo el país trabaja por dárselos a sí mismo.

Entre las nuevas orientaciones que conviene imprimir al alma nacional no ha de ser secundaria la de traerla a la naturaleza y la acción. Hemos vivido alejados de ellas por el despotismo de varios siglos, por la imitación constante que ha presidido la organización institucional que ha impedido conocernos hasta el presente nosotros mismos.

Id, jóvenes, a la naturaleza y a la acción; a la acción que asolea el rostro, enhesta la frente, da abstinencia y fortaleza, tolerancia y benignidad, serenidad y alegría, que combate el afligente espíritu de disputa, frío y cruel—como que confunde las palabras con los corazones.

No digáis que desdeño las ideas, que blasfemo de los libros—no,—quiero deciros solamente lo que los hace mejores, lo que sólo pueden darnos y lo que sólo debemos buscar en ellos.

Los libros no dan la sabiduría, ellos solos no aplacarán jamás la ansiedad humana. Los mejores libros no se han formado leyendo otros libros, sino mezclándose a la acción, viviendo intensamente, aprendiendo en el trabajo y en el dolor, en la abnegación y en el desinterés.

No nos creamos, pues, bastado para la vida o para la creación artística como para la fecundidad científica—por el sólo auxilio de los libros. Se me figura el espíritu como los ríos: no depende la vitalidad de éstos de los afluentes caudalosos, hoy secos, tal vez mañana, sino de la extensión de su cuenca, que compensa con el número las variaciones de los afluentes. Aumentemos los afluentes, dilatemos su cuenca.

Que no sean los nuestros como los torrentes en los ríos de nuestras montañas, magníficos y desbordantes en la estación de las lluvias y que dejan sus alveos vacíos en el resto del año como una enorme herida en la tierra, sino como los otros, que tienen sus aguas en los deshielos de las cumbres más altas, más regulares y más permanentes en su régimen, que han hecho sin estrépito una peregrinación

educativa porque conocen la deslucida luminosa de las nieves, la fatiga de las largas rutas accidentadas y han concluido por mezclarse con el sudor del labrador en el recinto pequeño y cerrado de su huerto.

La observación de la vida y no las sugerencias de los libros engendró la teoría de la conservación de la energía: Bacon ideó la base científica de todas las industrias del frío, viendo de paso en la campaña inglesa el cuerpecito de un pájaro entre la nieve; usos antiguos entre horticultores y criadores enseñaron a Darwin su sistema de la selección natural, y la práctica de la inoculación ha inspirado las teorías microbianas renovadoras de la medicina.

Nuestras grandes páginas históricas son testimonios del valor de la acción: la Declaración de Mayo y el Congreso de Julio fueron acción más que pensamiento, abnegación y no abstracción filosófica—fueron ambos y sus secuencias calor, valor, empeño, sacrificio, muerte y no disquisiciones, ni disputas, ni academias ni retóricas ni antología, sino discusión acalorada de armas bajo el sol sobre los campos, altercados de los grupos bisoños por los caminos polvorientos e interminables, academias de pasiones nobles y púgiles en el corazón de los hombres, retórica de abnegaciones mudas y de desafío a la muerte en medio de las sonrisas de la vida, antología de ofrendas íntimas—la floración roja—la ofrenda del caudal, del hijo, de la vida al ideal de la revolución.

JUAN B. TERÁN

Rector de la Universidad
de Tucumán (Rep. Argentina.)

Mayo de 1915.

El caso Maciá

EL diputado don Francisco Maciá ha renunciado a su investidura, en pleno Parlamento, por entender que las cosas de España no tienen remedio.

Hay en la historia política del señor Maciá un rasgo de desinterés y de entereza en extremo simpático y respetable: el haber renunciado a su carrera militar cuando se vió en la alternativa de optar entre ella y su carácter de diputado de la Solidaridad.

Fué en aquellos días de pasión, en que la cordura estuvo ausente de ambos bandos. La figura de Maciá es de las que han pasado por la política sin adaptarse al medio. Adaptarse, conviene advertirlo, no es corromperse con los vicios de un determinado medio social, ni acomodarse a la moral laxa que allí reine; es disciplinar la acción por el cauce de lo posible; trabajar por el ideal en la forma y por los procedimientos que permita el medio y que dadas sus circunstancias, deban ser elegidos, si se quiere hacer algo.

Esta falta de adaptación que prepara para actitudes de desaliento como la del señor Maciá, es frecuente. España parece un pueblo de políticos, a juzgar por lo que se habla de política. Sin embargo, hasta en las jerarquías superiores de la gobernación de la República escasean los verdaderos políticos.

Hay oradores, hay juristas, pero hay poquísimos políticos, pocos hombres que posean arte y capacidad de directores de pueblos, de escultores de la ciudad ideal.

*

Ante casos como el de Maciá, se me representa siempre la figura de Costa, con su popularidad inmensa, su cultura enciclopédica, su robusta elocuencia, su estío de tribuno, y con todo eso, alejado del Parlamento, escribiendo manifiesto sobre manifiesto y carta sobre carta, desengañado de poder llevar a término aquella reconstitución ciclópica de España que se le representaba con urgencia de días, de horas, y que era, en suma, concebida con esa urgencia y prontitud con que la pedía Costa, la quimera de un gran pensador. Costa, adaptado, luchando en el Parlamento hubiera sido una palanca fortísima de reforma; que no hubiera hecho, sin duda, el milagro de transformar a España en un día, pero hubiese impreso una huella profunda y bienhechora en la política española. Pero entonces no hubiera sido Costa, dirá, acaso, algún lector. ¿Por qué?

Maura, con su gran prestigio, su seducción oratoria, su recta intención, su claridad de juicio, es otra gran fuerza de renovación que ha quedado perdida o muy disminuida por falta de adaptación, por no establecer la coordinación y la subordinación procedentes entre lo principal y lo secundario. Se objetará que es menester reformar el medio, en vez de adaptarse a él. Pero hasta para reformarlo es preciso adaptarse, por luchar dentro de sus condiciones.

*

Hay que confesar que el público se complace con estas actitudes de desdén y de renuncia. Las aplaude, en parte, por el carácter teatral de los pueblos mediterráneos, por su afición al *bello gesto*, a la actitud airosa. En parte, los celebra porque se acomodan a su tendencia discursiva y crítica. Entre nosotros, gusta más hablar de los males públicos que procurar su remedio. Como hay personas que tienen la extravagante voluptuosidad de entusiasmarse hablando de sus enfermedades y que si tuvieran que confesarse sanas, se considerarían disminuídas, privadas de algo interesante, hay muchos conservadores de política, en los cafés, en los periódicos, en otras esferas, que, si por milagro, se arreglase de repente la cosa pública, se sentirían chasqueados, desencantados y se preguntarían tristemente a sí mismos: «Y ahora, ¿de qué vamos a hablar?»

Dos grandes males del espíritu nacional presente, muy visibles en la zona política, son: el todo o nada y el horror a la responsabilidad. ¡Todo o nada! ¡Cuando la realidad se desenvuelve en una serie de modestos términos medios, de aproximaciones de aspiraciones! ¡Y ese horror a la responsabilidad, que es la actitud de Pilatos, lavándose las manos, que no por eso quedaron limpias de culpa!

*

El error del señor Maciá consiste en haber desconfiado con exceso de la acción individual. Es disculpable. ¡Parece tan poco la acción de un hombre en el concurso de las causas sociales, ante los fuertes determinismos, reales o aparentes, que se levantan enfrente del observador! Llega un diputado, lleno

de buena fe, de deseo de promover el bien público al Parlamento y los convencionalismos del sistema marchitan pronto sus ilusiones. ¿Qué hacer? Debe pensar que hay una infiltración, más honda y más activa de lo que parece, de las propagandas sanas. Todo el que es órgano de un pensamiento fecundo acaba por hacerse oír. Gobiernan las mayorías, pero los innovadores rectifican, y poco a poco obligan a los más a tomar en cuenta sus ideas.

El pesimismo está bien para la filosofía. Es una de las grandes interpretaciones, acaso la más fundada, del enigma del universo. Para la vida práctica no sirve. ¡Si vivir suponè ya creer en la vida, amarla, esperar de ella!

¿Está España peor que en aquel triste ocaso de los Austrias, en los últimos años de Carlos IV o que en el período lamentable de Carlos IV? De uno y otro momento de postración y de disolución supo levantarse. Huyamos de la grotesca vanagloria, que todo lo encuentra admirable y que paga al patriotismo el tributo fácil y barato de la palabrería apologética, pero evitemos todavía más la desesperanza, porque ésta no es ridícula sino suicida.

¿Por qué hemos de dar por perdida a España? ¿Qué sabemos de las enfermedades de los pueblos, ni de la duración de su vida? Todo esto es empírico o está entregado a los caprichos del lenguaje figurado, que es el gran falsificador en las ciencias morales y políticas. Debemos proceder como si las cosas tuvieran remedio. El Porvenir dirá.

Nosotros habremos cumplido nuestro deber.

ANDRENIO

(*Nuevo Mundo*, Madrid.)

LA HISTORIA DE JUAN DE FLANDES

JUAN de Flandes era bueno y dichoso. Debía al trabajo de sus manos sencilla abundancia y sana alegría. Cultivaba su campo, en el que el viento encrespaba, como un mar, las mieses de oro, y cuidaba su casa, limpia y luciente como una taza de plata. Juan de Flandes no envidiaba a los poderosos del mundo, ni era envidiado por ellos.

Una noche, todo era plenitud, todo era saboreada conciencia en su ventura. La cena había terminado. La mujer, dulce y fuerte, como cumplía a aquel varón, ordenaba sobre la mesa un vaso de flores. Dos animadas esperanzas, niña y niño, confundían sus bucles sobre un libro abierto. El lucio can de la casa reposaba a los pies del amo. Juan de Flandes, dejando aplacarse el vapor de su té, repartía su pensamiento entre la contemplación de aquella paz y el trabajo del siguiente día.

Llaman a la puerta. El buen hombre se dirige a abrir. Encuentra en el umbral a un recio mocetón de pelo rubio, cabeza altiva, de duras facciones, azul de acero en los ojos, un gesto de desdén en los labios: hermoso tipo marcial.

El forastero saluda resueltamente a Juan de Flandes.

— Señor, le dice, su vecino de al lado me ha in-

ferido grave ofensa, y debo matarlo. No puedo entrar por su puerta, porque la tendría que forzar y me sentirían. Necesito que usted me deje pasar por su tejado. ¿Quiere usted dejarme pasar por su tejado para ir a matar a su vecino?

Juan de Flandes escuchó las primeras palabras con asombro, las últimas con estupefacción. Luego, fluctuando entre una grave inquietud, y la idea de ser objeto de una burla, dijo al forastero:

—Señor, nada me interesan a mí los agravios de usted con mi vecino. No guardo queja de él, y soy hombre de paz. Tenga usted la bondad de retirarse. Buenas noches.

A esa respuesta, el recio mocetón, puñal en mano, arremetió sobre Juan de Flandes y lo echó por tierra, herido en medio del pecho. Resonó un ¡ay! de agonía. Acudió el vigilante can, y cayó junto al cuerpo del amo. Vinieron en apretado grupo la hacendosa mujer, los blondos niños, y después de un grito de espanto, quisieron oponerse al paso de aquel hombre. Retrocediendo ante el brazo homicida, cayeron, uno tras otro, madre e hijos; volcóse, en esta confusión, la lámpara que había iluminado el dulce reposo, mordió el fuego las cortinas. Y en un instante, todo fué, en la casa del trabajador, sangre y llamas, desolación y muerte.

Mientras tanto, bajo la impasible mirada de la noche, el forastero, deslizándose al tejado del vecino, murmuraba, como quien habla para su conciencia:

—Era mi derecho: necesitaba pasar.

REPERTORIO BIBLIOGRÁFICO

LOS DOCE MEJORES LIBROS

HACE ya de esto algunos años.

Dos obreros de Barcelona leían, en un mismo ejemplar, un libro de Historia Natural. El vulgo ilustrado no comprendería nunca la pasión con que aquellos dos hombres estudiaban.

Sentían por la Ciencia, apenas entrevista, una extraña devoción. Al aprender en el volumen que había substancias de color «opalino», este adjetivo nuevo les pareció tan bello que uno de los dos lectores, albañil de oficio, al inscribir a un hijo en el Registro civil, le puso este mismo nombre: Opalino. El niño es hoy un muchacho muy inteligente, con vocación de artista.

Muchos se sonreirán leyendo este hecho. Confío, sin embargo, en que habrá quienes, al sonreirse, no lo harán sin cierta emoción.

A los dos entusiastas, pronto se juntó un tercero, luego un cuarto... Pero se daban cuenta de que, por sí solos, no lograban instruirse como querían. Buscaron el concurso de algún joven intelectual. Y se propusieron fundar, entre todos, una sociedad de mutua cultura, para emancipar internamente al pueblo.

El primer día se reunieron en un local que les prestó la Asociación de los Coros de Clavé. Uno de aquellos fundadores, el de más edad, maestro

carpintero, hizo por sus manos una mesa de pino. Cuando ya se congregaron alrededor de esta mesa, tuvieron la sensación de que su próyecto no era un sueño.

Así nació en Barcelona el Ateneo Enciclopédico Popular. Con más o menos acierto, con más o menos eficacia, ha realizado siempre una obra honrada de educación. Siempre ha permanecido fiel, en el fondo, al impulso puro que le dió la vida.

Por eso, ahora plantea una cuestión, si no nueva, muy interesante. Hay muchos jóvenes, obreros, estudiantes, dependientes de comercio, que con el mejor deseo, devoran atropelladamente cuantas obras caen en sus manos. Los grandes pensadores, los filósofos, los poetas inmortales, los reformadores de la sociedad, son ansiosamente buscados por miles y miles de lectores en esos tomos populares de peseta y de cincuenta céntimos.

¿Quién no ha visto con simpatía alguno de aquellos jóvenes revolviendo los libros de un puesto de lance? Muchas veces ha tenido uno que dominarse para no decirle: Amigo mío desconocido, ¡yo hice tantas veces lo mismo que tú! También compré este libro que ahora tomas, pero no pude sacar provecho de él. ¡Si en cambio, llevaras ese otro!...

El Ateneo Enciclopédico, de Barcelona, dirige a varias personas dedicadas al estudio y a las letras, esta consulta: ¿Cuáles son para esos jóvenes los diez o doce mejores libros? ¿Cuáles los que más podrían contribuir a llenar su vida interior y a poner los fundamentos de una cultura general humana?

Como la consulta me parece interesante, voy a contestarla, por mi parte, públicamente, para estimular a otros a pensar sobre el mismo tema. Y creo que los lectores de *España* agradecerían al Ateneo Enciclopédico que nos permitiera resumir en nuestra revista los resultados de su *enquête*.

Habrá quien piense quizás que, por una especie de olfato mental, cada uno escoge mejor que nadie sus propias lecturas. No siempre es verdad. Con frecuencia influyen en la elección el título y hasta las cubiertas. Sir John Lubbock, que formó una lista de «cien libros buenos», dice que aquel criterio le recuerda la recomendación de no entrar en el agua antes de haber aprendido a nadar.

Pensemos con dolor del alma en la mitad de los españoles adultos que no sabe leer. Pero no nos olvidemos de que la otra mitad, en general, no sabe qué leer.

Los doce libros que señalo no son los que, en absoluto, me parecen mejores. Una especie de certamen sobre *el mérito* de las obras maestras sería de una presunción estéril. Se trata sólo de indicar los libros más a propósito para unos lectores determinados en un determinado momento de su vida.

El escrito más sublime nada le dice a quien no está preparado para entenderlo. Cuando al inca Atahulpa le presentaron, como la palabra de Dios, un ejemplar de la Biblia, lo aplicó a su oído rechazándolo en seguida con un ademán de desdén al ver que el volumen permanecía mudo.

* * *

Del mundo clásico, acaso no encontremos otro

libro más bello que la *Odisea*. Fácil, grato, da una impresión noble de aquella civilización primitiva. Es el libro en que Herbart, el gran pedagogo, quiere basar la educación de la juventud.

Pondría yo después las *Vidas*, de Plutarco. No hay lectura más sana que la de las biografías de los grandes hombres. Son un ejemplo y un estímulo. Al grave y fuerte Plutarco se le sigue, además, con vivo interés. Nos familiariza con las inmortales figuras de la antigüedad clásica. Si, como pensaba Carlyle, una biblioteca es la verdadera universidad democrática, las *Vidas* constituyen en ella las Humanidades del pueblo.

También incluiría a Marco Aurelio, emperador filósofo, el más sereno, el más elevado, el más humano de los moralistas. Su obra *A sí mismo* (Pensamientos), leída en la juventud, queda para toda la vida como una firme columna romana que llevara en lo alto una hoguera resplandeciente.

Del mundo cristiano, recomendaría, en primer término, los *Evangelios*. Ni toda la Biblia ni siquiera todo el Nuevo Testamento me parecen adecuados para el fin concreto que nos proponemos ahora. Pero los cuatro evangelios tienen, para el caso, un valor insustituible, incomparable, único.

Hay que leerlos, en este sentido, sin demasiadas preocupaciones eclesiásticas ni excesivos intentos de crítica científica histórica. Son la *buena nueva* para el espíritu.

Dice San Agustín, refiriéndose a las diversas interpretaciones que se daban a diversos pasajes de la Biblia: «Si alguien me pregunta cuál de esas opiniones creo que fué realmente la de Moisés, habré

de responderle con franqueza, para ser tan sincero como debo en estas confesiones, que no sé de ello una palabra. Lo que sé bien, es que todos esos pareceres son verdaderos, excepto los de los hombres bajos y carnales, y aun los de éstos se asemejan a los de unos niños de quienes puede esperarse que adelanten en el camino del conocimiento. (*Confesiones*, libro XII, capítulo 30.)

Después de esto, colocaría en la lista el *Quijote*, algunos de los mejores dramas de Shakespeare, por ejemplo: *Hamlet*, *Ricardo III*, *El rey Lear*, *Otelo*, *Macbeth*... y el *Guillermo Tell*, de Schiller, en el que palpita un espíritu social, moderno, que no está igualmente expresado en las tragedias shakespirianas.

Luego, citaría tres libros, obras admirables, originales, poderosas, que inician una nueva época y constituyen el punto de partida de todo el pensamiento contemporáneo en los tres campos quizá hoy más cultivados de la actividad humana: *El Emilio*, de Rousseau, para la educación; *El capital*, de Carlos Marx, para el problema obrero, y *Del origen de las especies*, de Darwin, para el estudio de la Naturaleza.

Añadiría, a continuación, *Los primeros principios*, de Spencer, obra de conjunto y de una gran claridad.

Y completaría esta biblioteca de obras fundamentales con la novela de Tolstoy, *Resurrección*, que cerraría perfectamente la serie abierta por la *Odissea*. Son dos libros bien distintos. Este es clásico, visión luminosa de mares y de verdes costas: aquel es romántico, cristiano, bañado en la claridad de la vida interior.

* * *

He aquí, pues, la lista:

- 1 *La Odisea.*
- 2 Plutarco, *Vidas.*
- 3 Marco Aurelio, *Pensamientos.*
- 4 Los Evangelios.
- 5 Cervantes, *Don Quijote.*
- 6 Shakespeare, *Dramas.*
- 7 Schiller, *Guillermo Tell.*
- 8 Rousseau, *Emilio.*
- 9 Marx, *El capital.*
- 10 Darwin, *Del origen de las especies.*
- 11 Spencer, *Los primeros principios.*
- 12 Tolstoy, *Resurrección.*

* * *

Pienso que, sino los mejores, son doce libros excelentes, cada uno de los cuales abre un horizonte. Pueden ser leídos, sin especial estudio ni dificultades invencibles, por aquella juventud entusiasta, sedienta de saber. La lista no está hecha para uso de esos señoritos y señoritas de los que decía Channing que se figuran que la inteligencia les ha sido dada para divertirse. Leen para pasar el rato, como hacen sus visitas.

* * *

Cuenta Sir John Herschell que un herrero de aldea, sentado sobre el yunque, en las siestas del verano, leía un ejemplar de *Pamela* ante un auditorio numeroso de gentes buenas y sencillas. La novela no es corta. Al llegar al desenlace, cuando Pamela, al fin, se une con su novio, el auditorio comenzó a

lanzar ¡hurras! frenéticos y buscando las llaves de la iglesia hizo repicar las campanas.

¡Ah! Esas campanas celebraban la conquista más grande de la Historia: el libro en las manos de todos.

Los tiempos son ahora de prueba para la cultura y para los sentimientos humanos. No importa. La guerra es una razón más para ocuparnos en pensamientos como esos que suscita, con su consulta, el Ateneo Enciclopédico de Barcelona.

¡Que pronto los herreros de todos los países, puedan volver a sus yunques y a sus libros! Y no faltará, de cierto, en los viejos cañones bronce con que fundir las campanas que hayan de anunciar al mundo las alegrías de la paz.

LUIS DE ZULUETA

(España, Madrid.)

MOVIMIENTO LITERARIO AMERICANO

LOS LIBROS RECIBIDOS ÚLTIMAMENTE

Federico Enriquez y Carvajal: *El Derecho público internacional y la guerra*. Santo Domingo, 1915.

Algunos párrafos de esta interesante disertación:

En cuanto estalla la guerra, justa o injusta, cesa la justicia. La sanción no aparece, rotas las hostilidades, sino en el caso en que cae vencido el agresor injusto y sufre las consecuencias de su agresión y de su injusticia. ¡Ah! pero suele ocurrir que la

victoria sea del agresor injusto, y entonces no hay sanción efectiva, y quien no pecó es víctima de su debilidad o de los azares de la guerra. Entonces se repite la implacable interjección de Breno: *¡Voe Victis!* Es que todavía la ímproba labor del derecho, en su aspecto internacional público, es como la legendaria tela de Penélope. Las manos de hierro de un canciller imperial, o las manos pujiles de un prestidigitador imperialista, en ambos mundos, han solido y suelen destejer a capricho la tela de oro que doctrinas, principios y cánones, establecidos en mutuo provecho, o en provecho de todos, tejieron y tejen como valiosa dádiva del progreso jurídico y de la cultura social a la paz y concordia de las naciones.

El estado de guerra—que algunos filósofos pesimistas consideran como condición natural y necesaria de la vida y del progreso de las sociedades humanas—tiene una influencia decisiva sobre los tópicos que regulan las relaciones internacionales. Su acción es siempre perturbadora y subversiva del orden establecido para hacer fructíferas esas mismas relaciones. Diríase que rompe los civilizadores lazos de la sociabilidad—primera de las leyes naturales y universales de la sociedad, a la luz de la Sociología—como quien atropella por todo. Con egoísta olvido, no sólo de los principios que sirven de norma a las diversas relaciones de los pueblos entre sí, como integrantes orgánicos de la familia humana, sino también de las obligaciones contractuales libremente convenidas y articuladas en convenciones y tratados, la guerra ejercita su fuerza destructora, de parte y parte, como si am-

bos contendores estuviesen encima o fuera de la ley.

La conflagración estupenda que ahora siembra de desolación y muerte en los países más ricos y poderosos de Europa, con dolor y pasmo de cuantos asisten como expectadores al formidable y diabólico duelo que—en tierra, mar y cielo—realizan los beligerantes, suministra testimonios fehacientes de como la guerra rompe por todo y todo lo subvierte y se olvida de todo.

*

Estaba reservado a la Cancillería alemana, sustentáculo de la hejemonía prusiana y del régimen militarista, el poner a Bélgica en la odiosa alternativa: o de acogerse a las halagadoras indignidades de una complicidad impúdica, o de ser invadida y violada por elejército en armas y listo a caer sobre Francia.

El dilema era un *ultimatum*. El rey Alberto, demócrata y caballero, identificado con su pueblo, honrado y demócrata, vió el crimen que le salía al paso con todos los horrores de la violencia y de la fuerza teutónicas, e hizo frente al dilema forzoso y formidable. «Por aquí no se pasa»—dijo, alzando a la altura de la dignidad nacional el documento que garantiza la inviolabilidad y la integridad de su territorio; y el Canciller imperial, aunque no de hierro, rompiendo en pedazos el papel sagrado, signado por la Prusia, y aventándolo por inútil contestó con la brutal agresión a la correcta actitud de Francia, a la mediadora actitud de Inglaterra y a la honesta actitud de Bélgica.

Es uno de los mayores crímenes cometidos, con

alevosía manifiesta por los corifeos del régimen imperial militarista en Europa. Abominable es, aunque haya dado origen al gesto épico con el cual se ha alzado el pueblo belga a las cimas luminosas de la epopeya.

Esa noble actitud, de virilidad cívica,—la de Bélgica—será en lo futuro tema escogido para educación de la infancia y de la adolescencia y lucirá como página de oro, inmortal, en los fastos de su no azarosa ni envilecida historia; y, a la vez, dará motivo ético y estético a la sugestiva leyenda. Ya algunas donosas plumas literarias han destacado, a viva luz, los salientes rasgos del heroísmo belga; y José Enrique Rodó, maestro en el pensar y en el decir, con la diáfana sencillez de su estilo, émulo del cristal de roca, puso en alto relieve aquel trágico episodio,—que es un momento psicológico profundamente emotivo—en su breve página alegórica *La historia de Juan de Flandes*. El gesto heroico del pueblo belga, en el cual evoluciona el alma nacional, templada al fuego del patriotismo, hacia una mayor extensión de su voluntad, de su razón y de su conciencia, es también uno de los enaltecidos motivos de proteo.

*

«Abandonad toda esperanza!»—tal vez exclame con el Dante, el desalentador pesimismo, o la vacilante duda, en presencia del cuadro sombrío que dejó trazado en las precedentes páginas. Quienes fían a la libertad, a la filosofía y a la ciencia, en su actuación armónica, la renovación incesante del espíritu humano, con miras al progreso indefinido,

no tienen porqué desesperar, sino deben esperar que del mismo mundial desastre, o de la aparente bancarrota de los bellos ideales de justicia, surja la nueva orientación hacia una vida nacional más intensa y hacia una coexistencia internacional más extensa en las relaciones indispensables a la subsistencia de los pueblos civilizados de ambos mundos.

Dura cosa es convenir en ello, y hasta cierto punto es una paradoja; pero sin gran esfuerzo se nota que el lentísimo proceso seguido y el progreso alcanzado en las relaciones jurídicas de la vida internacional, antes que el imperio amable de la paz entre las naciones, se les debe, por lo general, a las nuevas corrientes determinadas por el estado de guerra y singularmente a la necesaria defensa de los intereses de los neutrales, aunque la solidaridad de los mismos se mantenga aún en los linderos de la teoría. Toda suerte de riesgos y de daños trae consigo la guerra; pero unos y otros se circunscriben, por lo común, al lapso mismo en que aquella se inicia, crece, culmina, decae y se extingue. El fenómeno es constante a través de la Historia. Apenas se cierra ese ciclo, o período de la lucha armada, la reacción de salud y vida cobra fuerzas y las aplica en el sentido de recobrar los elementos preciosos de la cultura, perdidos en el fragor de la contienda, los cuales son absolutamente necesarios a la subsistencia de cada país civilizado y a la convivencia de todos ellos, como miembros de la *Magna Civitas*, o sea de la república de las naciones.